

IX Jornadas de Sociología de la UNLP

Federico Martín López Álvarez, F. Cs. Sociales, UBA - fecha.lopez.fl@gmail.com

La crítica: aplicación práctica de un concepto teórico

En el marco de las discusiones sobre la trascendencia social del pensamiento crítico, o, como se identifica esta Mesa, sobre la práctica de la crítica hoy, resulta oportuno recordar sucintamente la importancia que la cuestión de la subjetividad cobra en el desarrollo de la sociología, en función de su utilidad para encarar el análisis de determinado problema desde un enfoque centrado en el orden social o bien en la agencia humana, puntos de vista hartamente debatidos por autores como Theodor Adorno y Max Horkheimer, exponentes que venimos a resaltar dentro de la Teoría Crítica.

Esta cuestión de la subjetividad no se reduce a medir los grados en que la apreciación personal del sujeto cognoscente condiciona la percepción e interpretación de la realidad, vale decir, la relación entre hombre y sociedad en el marco del continuo existencia-conocimiento. Porque en última instancia, aunque algunos exponentes del constructivismo hayan afirmado que aquello que los individuos captan y decodifican de su entorno es en cierto sentido su realidad, somos de la opinión de que toda subjetividad es condicionable por lo que la ciencia gusta llamar lo objetivo. Nos cabe el interrogante, pues, de en qué grado esto es así, con qué consecuencias, explícitas y subyacentes, tanto para el hombre como para la sociedad. He aquí el estímulo para centrarnos en el punto de vista adorniano de que toda sociedad se constituye a partir de la institucionalización de la convivencia. ¿Qué nos está diciendo? Pues que la sociedad es un efecto de la cohabitación humana en determinadas formas. ¿Y a qué apunta? Pues a que la sociología no debe limitarse a describirla, sino a contraponerla con la vida de los hombres. ¿Es esto condición de cientificidad de la sociología? No debemos incurrir en una taxatividad reduccionista, más bien contentarnos con que es condición de su labor crítica. Porque, en definitiva, aunque Adorno es un conocedor del pensamiento de la Ilustración, consciente, por tanto, de la exaltación de la individualidad que caracteriza, y en cierto modo impulsa, a la modernidad, también es un hijo de su tiempo, es, parafraseando a José Ortega y Gasset, él y sus circunstancias. Y sus circunstancias son el trastocamiento del orden sociopolítico previo a la Gran Guerra y la Crisis del '30, y, en definitiva, el surgimiento de la llamada sociedad de masas, que dispara los debates sobre la relación individuo-entorno, de la mano del desarrollo de la intelectualidad del marxismo occidental. Circunstancias que le hacen decir que la misma sociedad que, mediante el liberalismo decimonónico, desarrolló al hombre-individuo (por contraposición al hombre-comunidad), lo destrona en el siglo XX

haciéndolo devenir hombre-amalgama (existe la tentación de utilizar la expresión hombre-máquina pero sería anacrónico).

Pero si hiciéramos una relación lineal entre trastocamiento del orden y masificación social estaríamos enfocando el problema desde un punto de vista sencillamente errado, puesto que ambos son, en verdad, síntomas, expresiones de un proceso colectivo de raíz económica, concretamente, de la sociedad industrial avanzada, fenómeno que va de la mano en Occidente con los procesos paralelos de mejoramiento de las técnicas productivas y concentración de la gran propiedad industrial y financiera, eso que hiciera hablar alguna vez a Lenin de una fase superior dentro del capitalismo. Huelga aclarar que esta combinación de factores, desorden político, mutación de la sociedad en agregación de individuos pasibles de una explotación estructural de ciertos impulsos irracionales y expansión de la actividad e influencia del capital hasta las esferas de la producción y el consumo de objetos culturales, queda inexorablemente anudada por un acontecimiento social de proporciones históricas, que aún hoy (tal vez más ahora que antes) deja sentir sus efectos sobre el colectivo humano, el hecho específico de la multiplicación de los canales de transmisión y difusión de conceptos, o sea, los medios masivos de comunicación. ¿Conceptos? ¿Masivos? Sí, si en este siglo nos atrevemos a hablar de grandes medios para aludir a corporaciones a veces multinacionales de radio-televisoras y publicaciones gráficas, por qué no aclarar también que, en tanto facilitadoras de la difusión masiva, son portadoras (canalizadoras) de palabras dispuestas de determinada forma y organizadas en mensajes con determinada intención, tal vez informar, tal vez desinformar, tal vez aclarar, tal vez confundir, mas siempre conceptos, en tanto que apreciaciones particulares sobre una realidad que, así manifestada, deviene pública. Y esa idea sobre lo que los medios de comunicación masivos son capaces de hacer, internet hoy, el cine y la radio ayer, ya fue avizorada por los intelectuales de la Teoría Crítica hace poco menos de un siglo, cuando aquéllos aún parecían meras fuentes de entretenimiento. Pero no quisiéramos entrar al terreno de una crítica de las formas comunicacionales modernas, simplemente hacer ver cómo el desarrollo de esta sociedad de masas no se da por casualidad, sino producto de una serie de factores que, así como la posibilitan, también siguen influenciándola una vez constituida. La influyen porque contribuyen activamente a la idea de que la generalización de ciertos consumos culturales vehiculiza la definición de subjetividades plenas, de individualidades conscientes que, por fin, luego del oscurantismo de épocas pasadas, encuentran lugar para su exposición y movimiento. Y ante esto, la crítica sociológica, no sólo de autores como los que estamos abordando, tiene mucho para decir. Porque aunque estamos de acuerdo con Max

Weber en que la ciencia no puede decir cómo hacer las cosas, qué valores deben imperar entre nosotros, también coincidimos con Georg Simmel en que en las grandes ciudades parece emerger un tipo nuevo de hombre, un sujeto indolente, sobreestimador de su conciencia debido a una sucesión de impresiones nuevas que, dándole sensaciones de epifanía, lo termina convirtiendo en un ente para quien todo pasa a ser pura objetividad, aún eso que aflora como gustos e intereses propios, cuando, a veces, son reflejo de un relacionismo social similar al de la economía monetaria. Producto que aparece, producto que gusta y se consume, mas se elige porque deslumbra y no tanto porque sea de interés real o de necesidad existencial. Esta falta de espíritu crítico ante lo que, siendo nuevo, asoma como si debiera ser apetecible, se basa en una tendencia, dice Adorno, a construir, en torno a los consumos culturales masivos, una sensación de vinculación intersubjetiva que, producto de la masificación que suponen, es en realidad alienación y atomización, o sea, debilitamiento del sujeto consciente (podríamos decir agente) del colectivo. Porque de lo que se trata no es de que masa e individuo son opuestos, sino que éste termina subsumido en ella. ¿Por qué citamos a Simmel y su idea sobre la personalidad urbanita? Porque la aceleración que supone una multiplicidad de consumos instantáneos se da en la vida de las ciudades, escenarios que tienden a ser, cada vez más, centros aglutinadores de la existencia humana y, por tanto, marcos inevitables pero fecundos de nuestro trabajo de campo. Permítasenos una alusión a otro exponente de la sociología urbana, en este caso Robert Ezra Park, para agregar que una existencia personal requiere necesariamente algún instrumento de resistencia a las influencias e insinuaciones sociales, idea presente también en autores de otras corrientes sociológicas y hasta podemos decir de otras ciencias, Erich Fromm por ejemplo, contemporáneo de Park. Ahora bien, nos proponemos, además de exponer ideas fundamentales de una corriente específica y de traer a colación ayuditas conceptuales de otras corrientes, sembrar en el público la inquietud de cómo puede aplicarse la discusión de esta Mesa a nuestra cotidianeidad, a la de nuestros afectos, a la de nuestros extraños, en definitiva, a la sociedad. Porque creemos realmente que la sociología enseña a desobedecer, y no hay mejor desobediencia que la crítica, que no es negación ni aislamiento, sino recepción y análisis. Y a propósito de esto, en la República Argentina, es cuestión candente desde hace varios años, aunque perceptiblemente menos desde superado el conflicto en torno a la Ley de Comunicación Audiovisual, la cuestión de qué influencia y en qué grado pueden tener, por un lado, los medios masivos de comunicación y los discursos de marketing político tan en boga, y, por otro lado, la calidad de la información y el conocimiento que circulan masivamente y

IX Jornadas de Sociología de la UNLP

Federico Martín López Álvarez, F. Cs. Sociales, UBA - feche.lopez.fl@gmail.com

que son receptibles por un público particularmente heterogéneo en términos de grados de instrucción y experiencia de vida. La sociología, en sus dos paradigmas fundamentales, como ser el cuantitativo y el cualitativo, puede hacer grandes aportes en torno a cómo impacta en el devenir colectivo esta combinación de circulación de objetos idénticos y consumos e interpretaciones subjetivas disímiles. ¿Impactan en términos de efervescencia social, vale decir, en forma de potencialidades de debate entre estratos, agrupaciones e instituciones? ¿Impactan en términos de recepciones aisladas dentro de cada grupo, sin fomentar ninguna comunicación entre ellos? ¿Tienen efectos de distinto tipo según el objeto circulante? Dejamos abierto este debate por el momento.

Ahora nos gustaría volver a otro exponente de la Teoría Crítica, colega de Adorno, como es el ya citado Max Horkheimer. Es un complemento necesario a esto que venimos hablando sobre la influencia de los productos culturales, porque este autor va más allá del concepto de masividad y alude a la explicitud que presentan, en el escenario de la circulación, los objetos de lo que él llama la industria cultural. Explicitud de ser estandarizados, pensados para el común, desarrollados para su consumo, o sea, para su recepción no siempre reflexiva, mas eternamente instintiva. Porque se trata de una industria que muestra su rostro, que le dice abiertamente al público que lo que viene a ofrecer no es algo extraño, innovador, complejo, en aras de conjurar una suerte de amenaza latente, o lo que la industria considera que es una amenaza latente, de incompreensión, de desinterés del público sobre productos fuera de lo habitual. Lo que viene a ofrecer, a ofrecernos (no vayamos a creer que quienes participamos del mundo académico quedamos exceptuados de ser destinatarios de estas cosas), es algo conocido, serializado, sencillo, en aras de suscitar una emoción (lo que Adorno identifica como lo irracional de la acción) que encienda la chispa del deseo, la búsqueda y la adquisición de ese objeto cultural. ¿Que hay productos que no son adquiribles materialmente? No importa, porque la industria cultural subsume, en los parámetros de la rentabilidad mercantil, la calidad también de bienes que, por su propia naturaleza, circulan en el espacio virtual o en la dimensión lingüística sin plasmarse nunca en formas físicas. Ejemplo de ello son hoy, porque no en la época de Horkheimer, los talk-shows que devienen programas de debate político, eso que alguna vez Pierre Bourdieu denunciara como las trampas de la televisión. Porque cuando el público que posee un televisor en su casa, cosa altamente probable en la sociedad de la información, sintoniza, por ejemplo, el programa de un conductor joven y carismático que en un canal de aire juega su rol de moderador entre panelistas que opinan de política sin ser necesariamente formados en ello, lo que el público

está consumiendo, lo que está adquiriendo aunque no pague directamente un objeto material, es toda una serie de diálogos con contenido de alto impacto (palabras cliché, ideas de fácil decodificación, etc.), universos simbólicos que pueden ayudar, en muchos casos, a organizar percepciones y definiciones subjetivas sobre la realidad, que los hombres no siempre logran esquematizar sin una ayuda externa. No se trata de que la televisión opere sobre tablas rasas, pero la proyección de programas que se ofrecen, explícitamente diría Horkheimer, como plurales, democráticos y “comprometidos”, opera sí sobre públicos que muchas veces se logran identificar más con el pensamiento de un periodista que con el discurso de un político o un intelectual.

Aclaremos algo antes de proseguir: no estamos desmereciendo al periodismo, sólo tratamos de mover a la reflexión sobre el grado de superposición de roles que puede encerrar, con miras a la difusión exitosa de ciertas bajadas de línea, la exposición de productos culturales sugeridos en calidad de entretenimiento pero que, en definitiva, construyen mensajes sobre cuestiones que no son pasatiempos precisamente, sino que tienen una influencia más que probada en el devenir colectivo.

Dicho esto, vale la pena ver que, aunque tales objetos culturales no sean centro de una transacción directa por parte del público, sí tienen, por detrás, estructuras de financiamiento muchas veces enlazadas a contrataciones de publicidad, cuyos oferentes sí comercializan productos físicos y que el público paga directamente, en virtud de lo cual, tal vez el padre que por la mañana sirve un vaso de leche en el desayuno a sus hijos, a la noche recibe (consume) la publicidad de la marca de esa misma leche gracias al granito de arena que, para tal empresa, significó el dinero de ese hombre en el momento de comprar un sachet, además de que recibe, y esto es lo importante para nosotros, el contenido del programa de televisión cuyo espacio publicitario es vendido a tales fines. Analogías similares podemos hacer respecto de cualquier otro producto de la industria cultural, desde las remeras de verano de una marca de indumentaria de gran renombre que estampa en esas remeras su logotipo y transforma a su cliente en publicidad circulante, sin que éste llegue a percibirlo ni a cobrar retribución por semejante servicio, hasta los diarios, las revistas, las radios, el cine y cualquier bien que, plasmado físicamente o no, contribuya en el espacio social a determinado fenómeno masivo, ya sea la quietud de un obrero en el interior de su casa frente a un reproductor de música, la ansiedad de nenes chiquitos excitados en sus apetitos por publicidades sonoras de golosinas o juguetes, o la tentación del adolescente que, en base a aspiraciones no siempre conscientes, sale a buscar experiencias sexuales mediante su

participación en redes sociales que, cada vez que abre un buscador de internet, se publicitan ante sus ojos con una omnipresencia no siempre neutralizable con un simple click.

Nuestro autor denuncia que esto, que parece un caos cultural por la variedad de formas que exhibe, es en realidad una ordenación coherente de objetos carentes de significatividad para los sujetos. Porque la carencia definitiva es de diversidad, contenidos que no son disímiles, que no son alternativos, que no propician la creatividad. Y la contracara de tal carencia es la gestación de una especie de anquilosamiento mental, una inmovilidad del pensamiento, consecuencia inexorable de la difusión masiva de productos culturales que tientan al sujeto a evadirse de la realidad por estresante, en aras de cierta relajación de espíritu, pero que olvidan decir, porque en verdad contribuyen a ella, que es una realidad omnipresente. Y si es omnipresente, quiere decir que no es eludible, porque a ella se reducen las condiciones de existencia del hombre en la sociedad industrial moderna. Tal omnipresencia, que aflora en bienes formalmente distintos pero esencialmente idénticos, contribuyendo así a una confusión tranquilizadora del hombre, es fuente de una alienación generalizada, donde los momentos de producción, consumo y distracción devienen simples secuencias de una rutina fija, repetitiva. Así es como se da, al calor de la industrialización de la cultura, la manipulación de las subjetividades, la subsunción del individuo en la sociedad, o sea, en el mercado moderno. Y se trata de una manipulación extremadamente difícil de superar, como de percibir incluso, porque funciona a través de una aceiteada estructura de circulación y asimilación de percepciones de libertad que hacen creer al hombre que él es dueño de sus preferencias, autor de sus opiniones, decisor de sus consumos y definidor de sus rechazos. En esta manipulación caben también las necesidades no imprescindibles de la existencia, es decir, las inclinaciones que los sujetos en la sociedad industrial moderna interpretan como necesidades a satisfacer pero que son de origen (y de satisfacción) social, propiciadoras de una inagotable fuente de creación social (y aceptación individual) de necesidades secundarias, frente a las cuales, siempre aparece en el mercado una opción de respuesta, inmediata, avasallante, sin dejar al sujeto ningún margen para reflexionar sobre hasta dónde quiere eso y hasta dónde puede realmente acceder a él. Estamos tentados de incursionar en la hipótesis de que el neoliberalismo es, a este respecto, la fábrica del hombre endeudado, pero no es tiempo.

Lo que queremos precisar, de la mano de Horkheimer, es que esta manipulación no opera mediante una acción a nivel psicológico, sino mediante la paralización de la creatividad individual, vale decir, la atrofia de las tendencias al consumo de cada quien. Por esto es

extremadamente importante el concepto de la subsunción del hombre, porque no es que la sociedad lo aplaste, simplemente lo inmoviliza, disolviendo su unidad en una totalidad.

Así como el ritmo de producción en serie, con el que el sujeto entra en contacto en su trabajo, se refleja en el ritmo de consumo, propiciado por productos culturales estandarizadores, en el plano de sus gustos e intereses, así también la similitud de contenido de los bienes circulantes aflora en la similitud de percepción y decodificación de la realidad, percepción cuya fuerza radica en la idea, también socialmente construida, de que, en definitiva, la racionalidad técnica de las formas modernas de producción, conduce a objetos confiables y seguros, así como la ciencia de la sociedad del conocimiento abre las puertas a lecturas veraces del hoy. Y así entramos a un terreno que nos rodea, porque nuestro autor nos advierte de lo tramposo que puede resultar un positivismo exagerado en las áreas de la cognoscibilidad humana. La cuestión de la subjetividad del hombre de ciencia es exponente de cómo se desarrolla este problema en el orden del hombre corriente, porque ambos parecen ser presa de una red de parámetros objetivos, objetivantes diríamos, contra los cuales, cierto academicismo acrítico, pretende que se compare toda formulación teórica. Así como el consumidor medio responde a estructuras condicionantes a través de la estandarización de oferta y demanda, así también el científico vinculado a determinados estratos de producción de conocimiento, se mueve entre los límites no escasos de estructuras que exigen, ante todo, efectividad, o sea rentabilidad, de las investigaciones a desarrollar. Es un problema en boga en la sociología moderna el hecho de cómo se ha transformado en parámetro de productividad intelectual la redacción de papers publicados en medios científicos afines, pero no siempre se pone en discusión el perfil mayoritario de esos abundantes escritos. Ese perfil suele responder al parámetro académico de lo que es importante, o sea a las necesidades de indagación teórica, que no es lo mismo que crítica, que Estado y mercado suelen fijar para la financiación de trabajos empíricos. Claro que detrás de un paper, lo mismo que detrás de estas ponencias, hay labor intelectual, pero ¿se trata de aportes críticos en el sentido de reflexivos, motivados por las angustias o curiosidades de sus autores? A veces sí, comúnmente no, ya que las exigencias académicas suelen correr autónomas de las preferencias del hombre de ciencia, y no siempre en coincidencia con ellas. Pero resulta que él también necesita, por las condiciones de existencia de la sociedad industrial moderna, transformar su capacidad de labor intelectual (nótese que no hablamos de construcción de conocimiento porque esto es algo más) en recursos para la satisfacción de sus necesidades, naturales y sociales. Y entonces, sus preferencias suelen quedar subsumidas en las exigencias que la exterioridad le impone, una exterioridad

estandarizadora al ritmo del mercado, porque, en definitiva, es rentable el conocimiento que sirve a la estructura de producción de la industria avanzada, aún en áreas típicamente críticas como la sociología. Y así la labor crítica corre el peligro de quedar cercenada por los requerimientos que el mercado demanda del científico, como por los patrones de indagación y construcción de conclusiones que el positivismo, o sea, el empirismo radical, conlleva. No hace falta decir cuán peligroso es, para la subjetividad del hombre, moverse en una sociedad donde mente y materia tienden a la simbiosis, donde ideas y bienes se confunden y contribuyen a convencer al individuo de que él está integrado en la sociedad por el sólo hecho de consumir su producción en todos los órdenes. Poca es la distancia, creemos aquí, entre tal alienación y el fundamentalismo que tanto dice rechazar el liberalismo pro-mercado.

Para cerrar, quisiéramos retomar al antes mencionado Bourdieu, haciendo justicia a su obra a través de la recuperación de un concepto clave, el de los hábitos del sujeto como estructuras estructurantes, es decir, como sistemas de percepción que condicionan la acción subjetiva en sociedad y que, en relación con la sociología, sirven al fundamento funcionalista de que las conductas reproducidas a lo largo del tiempo son prueba de cierta objetividad de las condiciones de vida basadas en elecciones particulares, cuando en verdad son fundamento, dice nuestro autor, de lo opuesto a lo que sostienen las corrientes conservadoras, es decir, de que la perpetuación de ciertas subjetividades obedece a una naturalización individual de ciertas situaciones, debido a los condicionamientos que las posiciones de clase conllevan sobre los horizontes de posibilidades y expectativas de los sujetos. Aquí aparece, implícita pero categóricamente, la importancia de la crítica sociológica en sus análisis. Si uno se dedicara a medir estadísticamente, por ejemplo, la relación entre grado de instrucción y nivel de ingreso, poniendo en relación hipotética a ambas variables, podría terminar afirmando, pecando de una simplicidad peligrosa, que tienen menos posibilidades económicas quienes menos esfuerzo han hecho por obtener mayor formación en este mundo exigente. Nuestro autor nos advierte que, no sólo no se puede afirmar taxativamente algo así con una estadística, sino que, aún si esas variables tuvieran covarianza perfecta, no serían indicadores de una relación lineal entre esfuerzo y progreso, porque existen casos, y no pocos, en que, en las sociedades capitalistas modernas, la igualdad de oportunidades deviene letra muerta producto de la ausencia de capacidades de aprovechamiento de tales oportunidades, y entonces es la crítica la que nos puede permitir rascar un poquito y cuestionar si lo que hay detrás de una supuesta actitud libre no es, en verdad, un condicionamiento previo de la propia voluntad, no sólo por falta de recursos, sino también por falta de expectativas reales. Los

IX Jornadas de Sociología de la UNLP

Federico Martín López Álvarez, F. Cs. Sociales, UBA - feche.lopez.fl@gmail.com

hombres de religión hablan de fe, los sociólogos preferimos expresiones como horizontes de acción, en definitiva, hablamos del grado de confianza subjetiva que el individuo puede traspasar a sus condiciones materiales de existencia y a sus percepciones ideales de lo real, confianza que, en sociedades donde la esencia del hombre tiende a ser sistemáticamente subsumida en la existencia, pasa a depender de las formas masivas de decodificación del devenir y, por tanto, se reduce a consensos que no nacen del debate sino de la generalidad. Si esa confianza, aunque no auténtica, fuera movilizante, tal vez podríamos abrigar la esperanza de una superación de los problemas estructurales de desigualdad social que el paso del tiempo parece profundizar al calor del neoliberalismo. Pero como es una confianza negativa, que sólo otorga al individuo moderno la seguridad de que ciertas cosas son así aunque merezcan ser cambiadas, en definitiva resulta paralizante, neutraliza los intentos de solución humana a problemas de origen social, porque, al fin y al cabo, silencia los intentos de rebelión racional contra algo que, parafraseando a Marx, no es natural sino históricamente específico.

A quienes estamos en estas Jornadas, nos cabe la esperanza de que, aunque el mundo esté naturalizado por una gran mayoría de los sujetos, éstos siempre puedan recuperar su capacidad de crítica frente a lo que los rodea, de la mano de un conocimiento también crítico.